

El barman de Reykjavik

De Jordi Pujolá @JordiPujola

Marc debía de tener diez años. Estaba en la escuela. El aula olía a minas de lápiz, *plastidecor*, rotuladores Carioca, papel de embalaje marrón, plastilina, barniz y muñecos de barro —de esos que, cuando los llevas a casa, tienes que ir con cuidado o se rompen enseguida—. Había unos chicos que se reían de las casas con tejado rojo y chimenea humeante que dibujaba.

La profesora, una señora mayor con un pañuelo en el cuello, dijo que no se preocupara, que tenía talento para la pintura, que sus cuadros se parecían a los de Edward Hopper; aunque él, lógicamente, por aquella época, no tenía ni idea de quién era ese hombre. Las casas y los animales se le daban bien. Tenía que reconocerlo. Le gustaban especialmente los caballos.

—Pero, hijo mío, por favor, deja de llorar.

Marc no paró hasta que la profesora se puso de cuclillas y lo abrazó. Se sintió reconfortado. Necesitaba que lo abrazasen. En su casa no eran cariñosos. Apenas recordaba la última vez que sus padres le habían besado o hecho una caricia. El caso es que se pasaban el tiempo discutiendo y tirándose las maletas por la cabeza, para ver quién se marchaba de casa primero. Pero eso fue antes de que naciera Gema, su hermana. Se llevaban tres años. Entonces la situación se equilibró un poco o, tal vez, el hecho de tener a una compañera de viaje hacía el camino más llevadero. Quién sabe. Su hermana tuvo que cargar con la parte proporcional de las broncas, y alguna paliza. Sí, porque su padre les *cascaba*. Luego, a cambio, les colmaba de regalos. Eran los niños que recibían más regalos del barrio con diferencia. «¿Pero de qué sirven tantas cosas materiales sin abrazos ni afecto?», se preguntaba. Por ejemplo, su padre decía que la gente que hablaba mucho le causaba dolor de cabeza. Él se lo tomó al pie de la letra. Hablaba lo justo y siempre se amoldaba a sus exigencias, para no abrumarlo ni decepcionarlo. Haría lo que fuera por él. Le quería con locura.

El día que explicaron en clase que se sacrificaba a los animales para comérselos, también se puso a llorar. Por aquella época lloraba como una Magdalena. Marc era de los que esperaba con impaciencia los episodios semanales de Félix Rodríguez de la Fuente en televisión. Sin embargo, la profesora del pañuelo en el cuello ya no estaba. A la pobre le había dado un derrame cerebral, al menos fue eso lo que les explicaron, y

no la volvió a ver. La habían sustituido por un profesor que le llamaba *Restas* porque, en una ocasión, lo había sacado a la pizarra y se había quedado bloqueado con una. ¡Claro que sabía restar!, pero se puso nervioso. Los niños volvieron a burlarse.

Algunas noches tenía pesadillas. Gritaba, pero nadie acudía a la habitación a consolarlo. «¡Déjanos dormir, que mañana tenemos que trabajar!», decían sus padres. Aunque su madre era ama de casa y su padre el dueño de la empresa, así que entraba cuando le daba la gana. A veces veía algo raro en la pared. No era realmente una visión, era, por decirlo de alguna manera, un sentimiento. Un sentimiento terrible, cargado de maldad. Como un tanque que avanzaba hacia él con ruedas de oruga. Algo relacionado con el diablo. Sin embargo, al despertar, era incapaz de describirlo. Con los años, ya de mayor, lo olvidó casi por completo, a pesar del runrún que a veces le rondaba por dentro, difuso.

Su padre siempre decía que debía planear su futuro, la muletilla del «ve pensando qué carrera vas a tomar» y todo eso. Cuando le confesó que su pasión era la pintura, que se lo pedía su corazón y que, además, contaba con el apoyo de su profesora, Pancho, así se llamaba su progenitor, se enfureció.

—Ya puedes quitarte esos pájaros de la cabeza. Los pintores se mueren de hambre, ¿es que no lo sabes? Tienes que estudiar una carrera como Economía o Derecho para triunfar, como yo, en el mundo de los negocios. Mis padres no pudieron pagármela, pero yo a ti sí. ¡Dos carreras si hace falta! No desaproveches esta oportunidad, hijo. ¡Qué sabrá esa vieja picajosa!

También le prohibió escribir o cortar la comida con la mano izquierda. A su entender, contravenía las normas de urbanidad. Pancho quería lo mejor para su familia, de eso no cabe duda, pero no aceptaba la intromisión de nadie. Criticaba a su maestra, aunque pensaba lo mismo del doctor, del psicólogo, del cura, del policía o del vecino de enfrente. Para colmo, ponía apodos a todos. Sin ir más lejos, al mejor amigo de Marc lo llamaba *el Gordito*.

Así pues, paulatinamente, Marc fue forjando una armadura alrededor de su corazón y se juró no volver a llorar en público ni mostrar sus sentimientos a nadie. Su padre tenía razón: llorar es señal de debilidad.

La última semana de clases en la universidad, se le hizo eterna. Pero no solo a Marc. Se fijó que la mayoría de compañeros estaban más pendientes de lo que hacían los obreros y las grúas de la explanada de enfrente, que de las explicaciones del profesor. En un momento dado, el maestro se acercó a la ventana del aula y vio a los obreros abriendo sus fiambreras y parlotando. Se oyeron algunas risas. Con todo, el hombre prosiguió con la lección como si no le hubiese afectado lo más mínimo. Aquella reacción le gustó a Marc. Más tarde, un alumno preguntó qué ponía en la pizarra y el maestro se molestó porque a aquellas alturas del curso ya debía haberse familiarizado con su letra. Y Marc creyó que tenía toda la razón del mundo. Había que seguir las reglas.

Cuando acabó la clase, dejó las gafas sobre el pupitre, apoyó los codos, agachó la cabeza y la sujetó con las manos. Otra vez esa sensación de tristeza. O tal vez de melancolía. A su entender, estos términos no debían mezclarse. En cierto modo, le gustaba sentirse melancólico, como Mozart, Van Gogh o algún desdichado así.

Esperó a que se apagara la bulla de los estudiantes, con el traqueteo de sillas y demás. El profesor borró la pizarra y se lo quedó mirando unos instantes, pero no dijo nada. Oyó sus pasos antes de marcharse. Le daba un poco lo mismo. El aula quedó en silencio y se mantendría por unos minutos hermética, hasta que llegase el siguiente turno. Le gustaba pensar que el tiempo se paraba, que en realidad nada de lo que tenía alrededor existía. En estos momentos se sentía como un insecto en la pared. Quería ser mosca, pero también Freddie Mercury. Había visto un documental en la BBC que contaba su vida desde pequeño, cuando nació en el seno de una familia parsi. Oh, sí. Ese era un detalle importante que poca gente conocía.

Llegaron los primeros estudiantes del segundo turno y le sorprendieron mirando las musarañas sin haber recogido sus pertenencias. Alguien dijo: «¡Menudo tufo hace aquí!» y abrió las ventanas.

Marc metió sus cosas en la cartera a toda prisa, se puso la chaqueta y salió sin mirarlos.

Al licenciarse en la Facultad de Derecho, obtuvo una de las mejores notas de su promoción. Algunos le llamaban *el Empollón*, además llevaba gafas y la raya en medio. Sin embargo, a él le daba lo mismo. Había otros más inteligentes, pero también más vagos y tendían a no *matarse* demasiado. Ahora bien, lo primordial era contentar a su

adorado padre. Y así fue. Para celebrarlo fueron a un restaurante donde las cartas de las señoras no tenían precios, este detalle siempre le había parecido muy machista, y la gente hablaba en tono muy bajo, como si estuvieran en el teatro.

Pasadas las celebraciones y la euforia inicial, la realidad era diferente: los bufetes de prestigio, debido a la gran cantidad de solicitudes de empleo recibidas, únicamente contrataban a licenciados en prácticas y, por supuesto, sin cobrar. Su padre, indignado, decía, cuando estaban sentados a la mesa del comedor:

—¡No te desanimes, hijo! Puedes estar seguro de que encontraremos algo. Te lo digo como que me llamo Pancho y soy subastero desde hace cuarenta años. Tus notas son de las mejores y tu educación impecable, de esto ya me he encargado yo.

Ahora que el chaval no encontraba trabajo, parecía sentirse culpable por haberle quitado de la cabeza su sueño de ingresar en la Facultad de Bellas Artes. Era duro, pero lo hacía por su bien. Marc estaba convencido. Su abuelo, un guardia civil aragonés, había abandonado a su abuela cuando Pancho tenía tres años y, por eso, tenía muy arraigado el concepto de la familia.

A los pocas semanas, Pancho le concertó una entrevista en un bufete de Galicia. El presidente de la firma era un *amiguete* suyo.

Ese día Marc se levantó temprano, se duchó, se hizo la raya en medio y se vistió su traje azul celeste. En el estéreo sonaba *We are the champions* de Queen. Según Brian May, en el documental de la BBC, Freddie Mercury tenía previsto hasta el último detalle de la banda para alcanzar la fama.

A todo esto, apareció su hermana por el pasillo con su indumentaria gótica y le espetó:

—Oye, ¿pero a dónde vas con este traje de primera comunión? ¿No sabías que las perneras y solapas anchas ya no se llevan? ¡Oh! ¿Y ese peinado milimétrico? Deja que te arregle un poco.

Este comentario rompió el encantamiento y lo hirió en lo más profundo. Aun así, no se lo tomó a mal. Sabía que no lo decía con mala intención, sino por ayudarle. Tenía que reconocer que era un auténtico desastre con la ropa. Aunque, por otro lado, tampoco le importaba.

Marc sonrió a Gema con su cara de chico celestial y esgrimió que ya no tenía tiempo de cambiarse.

—¡El avión no espera a nadie, hermanita! —añadió *hermanita* para hacer énfasis en que no se había enfadado.

En el control de pasajeros del aeropuerto le quitaron su perfume favorito y lo tiraron a la basura. Más tarde, lo vio en el *Duty Free* más caro que en las tiendas de la calle. Entró al cuarto de baño y le llamó la atención la mosca que había pegada en el interior del mingitorio. Primero, pensó que era de verdad, pero después se dio cuenta de que era de plástico. También había un protector para impedir que chicles y cosas así fueran a parar al desagüe. El caso es que miccionó con tantas ganas que la orina rebotó contra la goma y le salpicó el pantalón. Metió las manos debajo del grifo automático, las movió a ambos lados, pero el chorro siempre salía cuando las apartaba.

Tenía veintitrés años y nunca había viajado en avión. Antes de despegar, se conectaron unos ruidosos ventiladores. Los pasajeros sudaban, hojeaban la revista de la compañía aérea y nadie, excepto él, hacía caso de las indicaciones de seguridad de la azafata.

Había solicitado un asiento junto a la ventana. Esto le pareció de lo más excitante. Si hubiera sido arquitecto, habría diseñado muchas ventanas, sin duda, como en las casas de tejado rojo que dibujaba de pequeño. Le gustaban las ventanas y flotar por encima de las nubes. Había unas bajas, blancas y como algodones, y otras altas, más vaporosas. Por el medio circulaba el avión a ochocientos kilómetros por hora y a cincuenta centígrados bajo cero. No obstante, los pasajeros no se enteraban de nada; aunque tampoco percibían el giro de la Tierra bajo sus pies cuando estaban en la superficie. Había muchas cosas que la gente ignoraba, como, por ejemplo, que Freddie Mercury había nacido en Zanzíbar.

Después pensó que habría preferido un asiento de pasillo. Más que nada porque bebía más agua que un camello y no quería molestar a su vecino de fila para ir al servicio. Esto fue hasta que este —los separaba solo el asiento del medio, que estaba libre— comenzó a tirarse ventosidades con olor a ratón muerto. Sabía que había sido él. Esto lo mataba. Para colmo, se quitó los zapatos —los pies le *cantaban*— y se quedó dormido con la boca abierta. Como colofón, el pasajero de delante reclinó su respaldo y lo encajonó entre ambos asientos. El vuelo a A Coruña, aunque no demasiado largo, se le hizo interminable.

De repente, vio pasar a toda velocidad un avión de color rojo. Parecía un cometa o algo así. Y le volvió a dar la impresión de que aquellas nubes, aquel sol que las teñía de rojo por las costuras, no eran más que un decorado. Tenía que haber algo más detrás de todo aquello, algo que le ayudara a seguir adelante.